



**INVOCAMOS AL PADRE
NUESTRO CON CORAZON DE
HIJOS
Pbro. Luis Alfredo Anaya**

El Concilio Vaticano II, en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*¹ reconoce y plasma con palabras de magisterio lo que constituye, podríamos decir, la verdad profunda de la condición del bautizado: el misterio de Jesucristo, Hijo del Padre, que se hizo carne (*Jn 1,14*). En el don del Hijo por el Padre se nos revela de manera plena el misterio de Dios: “Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación”².

De modo particular, esta sorprendente y salvífica revelación de su designio se manifiesta en el Padre Nuestro (*Mt 6, 9-13; Lc 11,2-4*), porque la oración nos da a conocer al Padre y, en Él, nuestra condición de hijos. Es cierto, podemos decir, que la paternidad divina está presente de alguna manera ya en la tradición bíblica del antiguo Testamento (*Ex 4,22-23*), pero su significación era sólo analógica: Dios se comportaba con el Pueblo elegido como un padre respecto de su hijo³.

Con Jesucristo la verdad de Dios se hace realidad concreta y así también la verdad del hombre: Dios es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos. Más aún, esta concreción revelada del amor de Dios muestra que conformamos una familia, la de los hijos de un mismo Padre y hermanos entre nosotros en el Hijo

¹ CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, del 25 de diciembre de 1965 (en adelante GS).

² GS, 22.

³ Cf. A.-M. JERUMANIS, *La moral filial en el Antiguo Testamento*, en R. TREMBLAY – S. ZAMBONI, *Hijos en el Hijo*, Editorial EDUCA, Buenos Aires 2009, págs. 33-53, especialmente pág. 36.

Primogénito (cf. *Rom 8,29*). Nos encontramos ante la revelación de un misterio salvífico, que es designio de filiación (cf. *Rom 8,15; Ef 2,18* y ccs.).

En este contexto de paternidad y filiación, podemos adentrarnos en el Padrenuestro, por excelencia la plegaria de invocación de la paternidad de Dios. Jesús, con sus enseñanzas y su ejemplo, se preocupó de la oración de sus discípulos. Siguiendo al evangelio de san Mateo, la inquietud por orar se muestra en el contexto de la enseñanza acerca del misterio del Reino, de las bienaventuranzas. Con san Lucas, otro es el contexto: en los versículos inmediatamente precedentes vemos la conocida invitación que Jesús hace a Marta: “Marta, Marta, te preocupas e inquietas por muchas cosas, cuando una sola es necesaria. María escogió la mejor parte” (10,41). Inmediatamente enseña a sus discípulos la oración del Padrenuestro, acompañada a en los siguientes versículos por la necesidad de la insistencia (cf. *Lc 11,5-8*), la perseverancia (*Lc 11,9-10*) y la confianza del orante que Dios siempre ha de responder con misericordia a toda recta solicitud (*Lc 11,11-13*).

Los discípulos, indudablemente, sabían orar. Pero ahora le piden a Jesús que les enseñe a hacerlo como él lo hacía, con las características que ellos habrían percibido en su oración. Así él comienza por dirigir la oración a quien se atribuye toda alabanza y todo honor: al Padre. Con el nombre del Padre nos hallamos ante una oración de enorme impacto, inconmensurable: esta es la sorprendente novedad del Padrenuestro. Nos revela al Padre como suyo y también nuestro, introduciéndonos por de pronto en su relación paterno-filial; por la oración, el hombre es colocado en la relación que une al Hijo con su Padre.

De allí la segunda consecuencia, por así decir, ya que colocados en un vínculo, aquel que hay entre el Padre y el Hijo, rezamos como hijos en el Hijo. Afirmación que reclama de la oración el que sólo pueda realizada en la potencia de la comunicación divina, que es el Espíritu Santo. Así lo recoge el Apóstol Pablo, seguramente asombrado de la novedad de la oración, de un hombre piadoso y celoso de la Ley que se ha encontrado con Jesucristo resucitado: “Como son hijos, Dios infundió en sus corazones el Espíritu de su Hijo que clama a Dios llamándolo *Abbá*, es decir, Padre” (*Gál 4,6*).

El Padrenuestro es la oración de los hijos, oración por lo tanto escatológica, por la que se nos introduce y en la que crecemos inmersos en el diálogo eterno de la Santísima Trinidad, en su comunicación eterna (cf. *Gál 4,4.6*;

Rom 8,15). Por eso, una introducción muy adecuada a la llamada oración dominical es comenzar con la audacia de quien se dirige a Dios Padre: “nos atrevemos a decir...”. Oración de encuentro personal, de aquellos que en la identidad filial y como discípulos caminan hacia el Padre en Jesucristo, para contemplar y amar en el Espíritu Santo –siempre en una relación personal- al Dios paterno fuente de todo Amor y de todo bien.

En este contexto podemos decir que el lugar privilegiado para la oración del Padrenuestro siempre será la liturgia de la Eucaristía. En efecto, recibiendo al Pan de Vida (cf. *Jn* 6, 35) nos hacemos uno en él por la fuerza del Espíritu Santo; en él somos Cuerpo suyo. De modo que, con la mayor intimidad posible en el Hijo entregado como alimento, oramos con la oración de los hijos. Por la Eucaristía nos configuramos a él, así como por la oración del Padrenuestro desplegamos desde la interioridad más profunda la comunicación de los hijos, entramos en el diálogo intra-trinitario por el Espíritu Santo. En definitiva, por la Eucaristía y la oración dominical resplandece lo que somos, hijos en el Hijo, en el misterio de la comunión de la Iglesia.

Vista la oración como un diálogo paterno filial, no podemos menos que dirigir a nuestro Padre aquellas peticiones que son acordes con el misterio que la misma oración nos permite pronunciar con los labios. Es decir que expresándolo, también disponemos nuestra inteligencia y corazón para recibir los dones que Él nos quiera enviar. Abiertos a sus designios el Padre es glorificado y, en Él, nosotros. Como expresa en feliz lenguaje san Ireneo: “La gloria de Dios es el hombre vivo”⁴. La apertura para recibir los designios del Padre, su querer, es de nuestra parte una auténtica alabanza a su gloria.

Todo don viene de Dios; por eso la oración que nos enseñó Jesús nos coloca en la lógica de la gratuidad, de la mencionada relación paterno filial que es, indudablemente, un don. Al Padre siempre le pertenece la iniciativa; por eso le pedimos: que venga tu Reino, que se haga tu voluntad, que sea santificado tu nombre. Son tres peticiones estrechamente vinculadas a su paternidad amorosa. Como bien dice un autor: “En estas primeras peticiones los fieles rezan, por lo tanto, por los intereses de Dios, le ofrecen su colaboración orante. El

⁴ SAN IRENEO DE LYÓN, *Adversus haereses*, IV, 14,1.

Padrenuestro es la oración de la familia de Dios, en la que los hijos de Dios cooperan con la actividad del Padre en el mundo”⁵.

Inmediatamente, la paternidad divina se vincula a nuestras necesidades. La primera de ellas es el reclamo del pan de cada día, siempre con la mirada puesta en el Padre –por el don de su Hijo- porque Él es quien nos sacia. El pan cotidiano llega a nuestra mesa por el don del Padre, también un bien salvífico, que incluye al pan de la mesa familiar como también el de la mesa de la Eucaristía.

En la oración del Padre nuestro le pedimos perdón a Él –así somos invitados por la oración- porque somos perdonados y perdonamos al hermano. Tres dimensiones que se refieren al único perdón: dimensión divina porque es Dios quien nos perdona, la que yo doy como hijo a mi Padre, a quién ofendí y, finalmente, el perdón al hermano. Es decir que las tres dimensiones tienen una misma densidad, la del Amor que sólo viene de Dios. Por eso para ser perdonados y perdonar invocamos la potencia del Espíritu Santo, que es Espíritu de reconciliación, es fuerza de perdón.

No nos dejes caer en la tentación, le pedimos al Padre, porque esta sugestión sólo proviene del Maligno. Es la insidia concretada en la infidelidad hacia la elección divina por la que hemos sido constituidos en hijos y, en esta condición, invitados a celebrar Alianza. La vocación de todo hombre es –en definitiva- permanecer en la filiación, que pide no alejarnos de la esfera de la paternidad de Dios. Que el Padre nos tenga de la mano, que aleje de nosotros el Maligno que quiere seducirnos para romper el vínculo filial. Así como en las tentaciones que sufrió Jesús en el desierto, el Tentador procuró alejarlo de la misión encomendada (cf. *Mt* 4, 1-11; *Mc* 1, 12-13; *Lc* 4, 1-13), así también trata de separarnos de nuestra realidad filial, no siendo obedientes al designio del Amor divino.

El Padrenuestro resume, en una palabra, todo el Evangelio, porque todo en él habla de Dios como Padre y de nosotros –discípulos- que somos hijos. La oración así pronunciada con espíritu de agradecimiento y obediencia filial, nos introduce en el misterio del Reino y nos hace partícipes en una creciente madurez, de lo que ya somos por el don del bautismo.

⁵⁵ F.-X. DURRWELL, *Nuestro Padre. Dios en su misterio*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1992, pág. 223.